

Entre los senadores tan bien dispuestos en apariencia á favor de César, había ciertamente algunos que contaban con la espada de un bárbaro que los desembarazara de su temible adversario. Pompeyo, sin ningún mal deseo, estimaba que César, alejado de Roma durante cinco años, le dejaría los beneficios más claros de su asociación: la influencia preponderante en Roma, y el papel de supremo moderador que bastaba á quien tenía más bien la vanidad que la ambición del poder: César calculaba de otro modo: dos ejemplos contrarios, el triste fin de los Gracos y el triunfo de Sila, advertían que no se podía hacer nada sin un ejército. Para tener un ejército, se necesitaba una provincia, una guerra afortunada, botín. Ahora bien, la Galia era rica, era temida y estaba á las puertas de Italia. Desde Roma casi se veía y oíría aquella guerra contra la odiosa raza, cuyo nombre recordaba el Capitolio rescatado á precio de oro, y los gritos de las victorias resonarían en Roma como á dos pasos del campo de batalla. Juzgaba que después de haber adquirido tanta ó más gloria militar que Mario, Sila y Pompeyo, sabría servirse mejor de ella para dar, en fin, á la república la organización que buscaba hacia un siglo á través de las guerras civiles y las proscripciones. ¿Había en estas ideas más ambición que patriotismo? Muchos son los que no ven más que el primer móvil en la conducta de César; nosotros creemos firmemente todo lo contrario.

III. - CLODIO. - DESTIERRO DE CICERÓN (58)

Antes de alejarse hizo dar César el consulado del año 58 á Pisón, su suegro, y á Gabinio, amigo de Pompeyo, con los ricos gobiernos de Macedonia y de Siria para el año proconsular. Había arreglado la lista de los cónsules que debían sucederles, y durante su ausencia, velar con sus dos asociados por el sostenimiento de las leyes Julias. En fin, puesto Pompeyo á la cabeza de la comisión de la ley agraria, quedaba en Roma con una autoridad indecisa, que debía parecer temible á los adversarios del triunvirato.

En la consternada aristocracia no había más que dos hombres que dieran alguna inquietud. Catón era molesto, porque la multitud amaba en él las rudas virtudes que ella no tenía y las reivindicaciones de una libertad de que ella tampoco se cuidaba ya. Era en Roma aun más popular que Pompeyo, casi tanto como César, sino que su popularidad inspiraba más bien curiosidad que confianza. Su traje, su habla su vida eran un espectáculo que agradaba, como una imagen de los antiguos tiempos, sin que nadie pensara en imitarlo. No había que temer que semejante hombre arrastrara nunca al pueblo á ninguna violencia contra los poderosos del día. Sin embargo, su oposición era fatigosa, y se resolvió apartarlo.

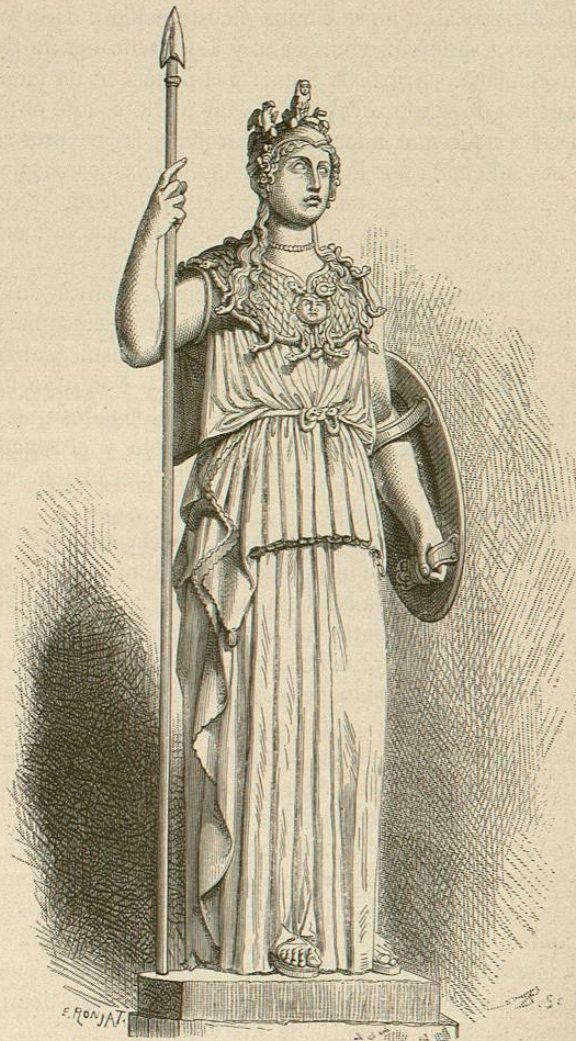
Cicerón era más peligroso, porque viviendo más que Catón en el tiempo presente, que conocía mejor, exigía menos y tenía probabilidades de obtener más. Su elocuencia también podía arrastrar resultados imprevistos, y al volver á Roma acababa de romper resueltamente con los triunviros. «Si no se me empuja demasiado, había dicho, yo sabré hacer frente á los opresores.»

Por otra parte, Clodio lo reclamaba como una víctima que le fuera debida y César contaba con Clodio para tener á raya, durante su ausencia, á Pompeyo y al senado.

La ley exigía cuarenta y tres años, lo menos, para obtener el consulado; por el tribunado se llegaba mucho más pronto á un papel influyente: Clodio había querido ser tribuno. Pero era patricio; con todo eso, la adopción por un hombre del otro orden, le quitaría su nobleza. Clodio no vaciló y presentó como padre adoptivo á un oscuro plebeyo,

más joven que él. Ni Pompeyo, ni César mismo se habían cuidado al principio de apoyar á este turbulento ambicioso, mayormente cuando no estaban seguros de manejarlo á su gusto como á Vatinius. Pero en una causa intentada contra C. Antonio, había cometido Cicerón la ligereza de hablar desfavorablemente de los triunviros. El mismo día se decidió la adopción y Pompeyo hizo en ella de augur (1).

Cicerón tuvo miedo y partió á su quinta esperando emendar con su silencio la ligereza de sus palabras: esta táctica fué eficaz, y los triunviros le hicieron nuevas promesas.



La Minerva del collar (2)

Entre todos los medios de llegar á un fin, César elegía siempre el que se adaptaba mejor con la dulzura de su carácter. Queriendo alejar de Roma á Cicerón ó ligarlo á su causa, hubo de ofrecerle sucesivamente una legación libre, una de las veinte plazas de comisario para la ejecución de la ley agraria y por último el título de lugarteniente suyo en el ejército de las Galias. Después de vacilar mucho tiempo, Cicerón lo rehusó todo. Entonces César, bien á su pesar, lo abandonó al resentimiento del vengativo Clodio.

El 10 de diciembre del 59, aquel heredero de los Apios se sentó en el banco de los magistrados plebeyos. Según el

(1) Cic. *ad Att.* VIII, 3. Pompeyo era desgraciado en la elección de sus amigos. Así, levantó á Clodio que le hizo tanto daño, como había ayudado á la fortuna de César, *quem in rempublicam aluit, auxilium armavit.*

(2) Estatua del Museo del Louvre (Clarac, *Descript. des Antiq.* número 522). Los collares son muy raros en los antiguos monumentos de la escultura, y este ejemplo es acaso único entre las estatuas de grande estilo. Fidias puso un collar á su Minerva, llamada la *Bella*, de que pudiera ser una imitación la nuestra.

uso, el tesoro público hizo los gastos de la popularidad del nuevo tribuno; una ley frumentaria suprimió el módico precio pagado por los pobres para el trigo que suministraban los graneros públicos. Una segunda ley prohibió á todo magistrado suspender los comicios so pretexto de observar el cielo, á fin de que nadie tuviera la tentación de renovar la extraña proposición de Bibulo. La tercera ley restablecía las antiguas corporaciones, que el senado había recientemente abrogado, y de la cual esperaba el nuevo tribuno hacerse un instrumento. En fin, disminuyó los derechos de la censura, que con tanta frecuencia había sido un arma de guerra en manos de la aristocracia. Para borrar un nombre de la lista del senado y del orden ecuestre, fué menester en adelante una acusación formal, un procedimiento, la defensa de los acusados presentada en persona ó por abogado y la conformidad de los dos censores para pronunciar la condenación. Era sustituir una sentencia sin debate contradictorio con un proceso de formas regulares, y puesto que el espíritu de partido había reemplazado en el senado el espíritu de gobierno, la ley era buena. Recuérdese que los principales cómplices de Catilina eran senadores y caballeros degradados por los censores: posible es que muchos fueran impelidos á la oposición y de aquí á la conjuración por una degradación inicua.

Todos estos preliminares sólo tenían un objeto: hacer al tribuno dueño del campo de batalla, donde iba á ventilarse la verdadera cuestión, ó sea el destierro de los jefes del partido aristocrático.

Clodio comenzó por Cicerón y propuso esta ley: «Se negará el agua y el fuego á todo el que hubiese hecho morir á un ciudadano sin forma de juicio.» Cicerón estaba escudado por un senadoconsulto, y entregando á Léntulo á los verdugos, no había hecho más que cumplir una orden del senado. Pero en aquellos tristes tiempos, las leyes no tenían más fuerza que la que prestaban al hombre ó al partido, cuya hechura eran. Ni siquiera pensó Cicerón en producir este decreto en su defensa: vistióse de luto y fué á implorar la

asistencia de los triunviros y de los cónsules. Muchos caballeros y senadores suplicaron también al pueblo que conservara al que él mismo había nombrado Padre de la patria.

Todo fué en vano. Antes de la votación, salió de la ciudad el orador famoso, esperando desarmar á sus enemigos con este destierro voluntario y prevenir la condenación; pero el día siguiente, hizo Clodio dar la sentencia: Cicerón no debía acercarse á Roma en cuatrocientas millas á la redonda (abril 58).

En el momento de su partida, hizo llevar al Capitolio su más bella estatua de Minerva y la consagró al templo de

Júpiter con esta inscripción: «A Minerva, guardiana de la ciudad, *φυλακίδα.*» ¿Era un resto de devoción que le acudía en la desgracia, ó más bien una inofensiva venganza para recordar á los romanos que la diosa de la sabiduría le había inspirado la resolución que ahora condenaban y que los salvó cinco años antes? El primer motivo es el que da el mismo interesado; pero su constante preocupación de sí mismo y del famoso consulado hace creer que sea el segundo.

Cicerón era víctima del golpe de Estado que diera el senado en el 63 y la ley que lo hería tenía ese carácter retroactivo que reprueba la política honrada, pero que no siempre desagradaba á las facciones. El segundo de los Gracos había dado ejemplo de ello, y comenzó la era de las revoluciones. Pompeyo imitará á Clodio y su ley será una de las causas de la guerra civil.

Catón no daba pie para ninguna acusación; pero Clodio hizo que el pueblo le ordenara ir á Chipre á reducirla á provincia romana y á traer los tesoros del rey de aquella isla. A fin de prolongar su destierro añadió á esta misión la de ir al fondo de la Tracia á restablecer á los desterrados de Bizancio. Catón obedeció; César podía ya partir.



Moneda de Chipre (1)

CAPITULO LIII

LA GALIA ANTES DE CÉSAR

I. - PUEBLOS PRIMITIVOS.

El hombre de todos los tiempos se pregunta de dónde viene y adónde va. La filosofía y la religión se encargan de contestar á la segunda pregunta: la historia procura aclarar la primera disipando las sombras que envuelven los orígenes. Ya que la continuación de nuestro relato nos lleva á la vieja Galia, detengámonos un momento á estudiar los pueblos que comenzaron su civilización. Lo hemos hecho así con Italia: perdonémosnos que lo hagamos también con Francia.

En las edades geológicas la Galia tuvo todos los climas fríos y tórridos, y también todas las faunas. El gigantesco mastodonte, el alce de vasta cornamenta, el renjifero y el grande oso de las cavernas la habitaban, cuando los ventisqueros de los Alpes, pasando por encima del Jura, llegaban al Ródano y los de los Pirineos descendían bien lejos á los valles inferiores. El elefante, el rinoceronte, el mono, el león, han vivido allí, cuando la Galia tenía el clima africano.

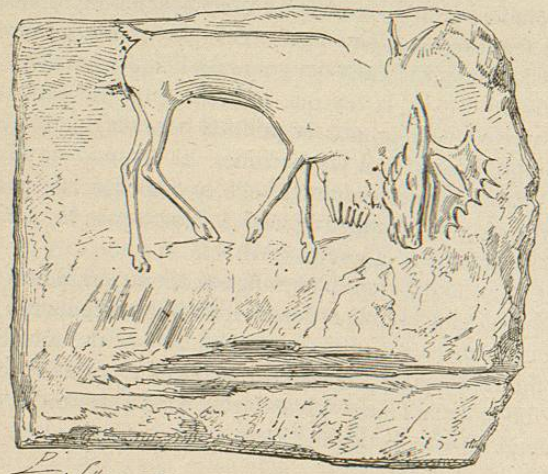
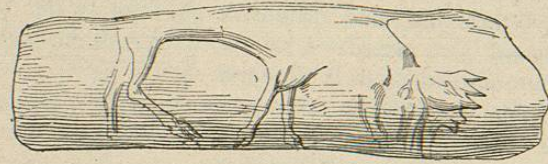
Pero hace cinco ó seis mil años, en el tiempo en que Babilonia edificaba sus templos y Egipto sus pirámides, la Galia tenía ya un clima templado, que aun conserva, y estaba cubierta de poderosa vegetación. De las altas regiones de las montañas descendía el sombrío ejército de los pinos; en las vertientes y en los valles, la encina, el olmo, el haya, el arce y el abedul, en los llanos húmedos el sauce, en los sombríos, el boj gigantesco y el tejo de venenoso jugo se disputaban el espacio. El suelo granítico de la Auvernia estaba cubierto de alisos y las colinas del Lemosin, de castaños.

A la sombra de estos grandes bosques andaban errantes, el toro bravo, que no existe ya sino en un bosque de la Lituania, é innumerables piras de jabalíes, que se alimentaban con el fruto de los mismos. A orillas de los ríos desbordados, más poderosos entonces que ahora, el castor

(1) KOINON KYPIQON (la asamblea de los cipriotas). El templo de Venus en Pafos con su simulacro (la piedra cónica) y las palomas de la diosa. Moneda de Chipre.

construía sus terraplenes y la abeja disponía en paz sus panales en los huecos de las encinas. En las montañas, el oso, el lobo y el lince eran los verdaderos dueños del país. El hombre, sin embargo, había venido ya hacía mucho tiempo, y las grutas de nuestras colinas han conservado sus restos, sus armas, hasta sus artes: sílices y cuarzos hendidos, herramientas y armas de caza, huesos esculpidos, otros horadados para servir de instrumentos músicos, astas de reno con dibujos grabados, etc. Es la edad de piedra. De aquellos primogénitos de la Galia no sabemos nada y los que fueron nuestros padres anduvieron errantes bien lejos de allí, en otro mundo.

Sólo por los escritores de Roma y de Grecia sabíamos algo de nuestros orígenes hasta estos últimos tiempos.



Dibujos grabados en asta de renífero (1)

Cuando los romanos llegaron a la Galia encontraron en ella tres ó cuatrocientos pueblos divididos en tres grandes familias: los celtas ó galos, los belgas y los iberos ó vascos. Pero ¿de dónde habían venido? Roma no lo sabía ni se curaba de ello. En aquel tiempo se resolvía fácilmente la cuestión de origen haciendo nacer á los pueblos del suelo que los sostenía. Los druidas se preciaban de ser los hijos de la Galia. Los modernos han sido más curiosos, pero han buscado en vano mucho tiempo. El estudio comparado de las lenguas ha resuelto en fin el problema.

Los jefes de nuestra raza habitaron al principio las llanuras de la alta Asia, mezclados con los indos y los persas, hablando una lengua que éstos comprendían y acaso teniendo ya en germen la corporación sacerdotal de los druidas, como los otros dos pueblos tenían las de los brahmanes y de los magos. En una época desconocida, los celtas se separaron de sus hermanos asiáticos; se dirigieron al Oeste y marcharon en esta dirección mientras hubo tierra que los sostuviera.

La Europa estaba entonces, como la Galia, cubierta de bosques vírgenes, donde á no ser por los ríos desbordados, hubiera podido correr la ardilla desde el Ural hasta el Océano sin tocar nunca la tierra. Los celtas, procedentes de las

(1) Museo de San Germán.

estepas de la alta Asia alternativamente heladas y ardientes, penetraron resueltamente en la insondable profundidad de los grandes bosques, deteniéndose acaso en los claros para sembrar un puñado de avena y de centeno, que habían sacado del Asia y trayendo consigo el buey y el caballo, que los pueblos más antiguos supieron domar, el perro, el carnero, la cabra y el gallo, ya reducidos al estado doméstico, y el cerdo cuya carne cocida en groseras vasijas debía ser su principal alimento. El jabalí fué más tarde el símbolo y estandarte de las naciones galas.

Con sus hachas y sus cuchillos de piedra pulida afilados en la muela ó con el pulidor, con sus flechas de punta de pedernal y arpones de asta de reno, vivían de la caza y de la pesca como los Pielas-Rojas de la América; pero no volían siempre, como ellos, al *wigwam* acostumbrado. Su terreno de caza se extendía siempre más lejos. Eran los celtas verdaderamente los *hombres de los bosques*, como los llamaron los griegos.

Andando andando sin cesar á través de ríos y montes, llegaron un día á orillas del gran mar que limita el Occidente. En un punto de sus costas vieron blanquear en el horizonte altas y escarpadas montañas de costa brava, y todavía quisieron llegar á ellas. La grande isla que flanquea la Galia vino á ser así dominio suyo, y sólo se detuvieron cuando desde lo alto de los últimos promontorios de la Escocia y de Irlanda no vieron ya ante sí más que la inmensidad del Océano. No se podía ir más lejos: el largo viaje, comenzado en la Bactriana, había concluído.

De esto no conservaron ningún recuerdo y ellos mismos creyeron que habían nacido en la Galia; pero conservaron en prueba de su origen asiático un idioma que tiene parentesco con el sanscrito, la lengua sagrada en que están escritos los libros religiosos del Indostán.

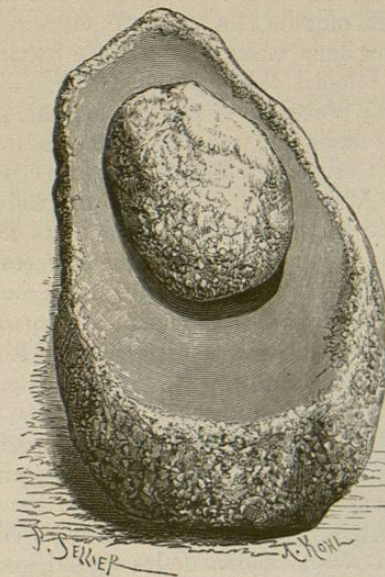
Esta lengua de los celtas no se ha perdido: tiene una literatura, poemas, leyendas, y se habla todavía en el fondo de nuestra Bretaña, en algunos rincones escondidos del país de Gales, en el Norte de la Escocia, en la Irlanda y en el Man. Los que se sirven de esta lengua son los últimos representantes de aquel antiguo pueblo. Así, algunos vestigios que quedan de pie atestiguan la grandeza de los monumentos derruidos; pero estos mismos restos disminuyen cada día. En Francia no hay trescientos mil bajo-bretones que comprendan y hablen aún el idioma de los druidas. El celta retrocede ante el francés: la escuela primaria, la del regimiento y el comercio le hacen una guerra á muerte.

En los libros clásicos los celtas no aparecen hasta fines del siglo sexto antes de nuestra era; pero esto no prueba que este pueblo no fuera antiquísimo en la Galia, donde formó el segundo estado de la población y la segunda edad de la historia, la edad de la piedra pulida, de los monumentos megalíticos y de las palafitas ó estaciones lacustres. De esta época datan los dólmenes y los caminos cubiertos, construcciones funerarias que se han encontrado en mil ciento municipios de Francia, permitiendo crear una ciencia nueva, la que interroga á los muertos, ó á lo menos á sus sepulcros; ciencia de los sepulcros la llaman los italianos.

Después de un largo intervalo, llegó el grueso de las tribus galas emparentadas con los celtas, pero que habiendo salido del Asia mucho más tarde, trajeron una cultura mucho más adelantada. Establecidos al principio en el valle del Danubio á las inmediaciones de países ricos y civilizados, el Asia Menor, la Grecia é Italia, estos galos hicieron en ellos numerosas excursiones; y de vez en cuando encontramos objetos pillados por ellos en estas lejanas expedi-

ciones: en Rodenbach, cerca de Spira, una cacharrería etrusca; en otras partes vasos de bronce, trípodes, joyas que acaso proceden del saqueo de Clusium (Clusino).

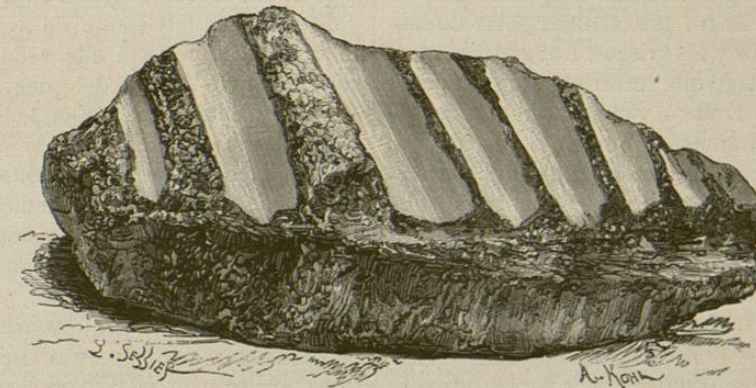
Prosiguiendo su camino hacia el Oeste, pasaron el Rin y el Jura, rechazaron á los primeros celtas y cubrieron de



Muela ó piedra de moler (1)

innumerables túmulos la Galia oriental y el Sur de la Germania. Es la tercera edad, la edad de los metales.

Se ha hecho distinción entre los celtas y los galos ó gá-



Pulidor (3)

establecidas desde el Loira y el Ródano hasta los Pirineos. Estas hacen la desesperación de los eruditos modernos: nadie ha podido descubrir aún el camino por donde los iberos entraron en Europa, ni su lengua tampoco es derivación evidente de ninguna otra lengua conocida. En la Galia se llamaron aquitanos, iberos en España; ellos mismos se llaman *Eskualdunac*. ¿Vinieron por el Africa y el estrecho de Gibraltar, ó atravesaron el continente desde el fondo del Asia dejando algunos de los suyos en el Cáucaso, que tiene también su Iberia?

Se ignora. Algunos sabios han encontrado en la lengua euskara ciertas afinidades con los idiomas ugro-tártaros y particularmente con los que se hablan desde el Norte de

(1) Muela de asperón encontrada en el cementerio gálico de Chassey (Aisne). Museo de San Germán.

(2) *De Bello Gallico*, I, 1.

(3) De asperón jaspeado (Departam. de la Viena. Museo de San Germán.

latas. No podemos discutir cuestiones especiales de etnología en este rápido resumen, que mostrará solamente la fisonomía general de los pueblos, cuya conquista hizo Roma. La arqueología gálica, ciencia nacida ayer, ha hecho grandes y rápidos progresos; pero está todavía en su período de formación, y el historiador no puede utilizar más que las ciencias hechas, ó bastante avanzadas para haber resuelto los más importantes problemas. De los trabajos hechos puede concluirse que hay que poner fuera de toda duda la alta antigüedad del hombre en la Galia, la de los monumentos megalíticos, que se llamaron mucho tiempo monumentos druidicos, pero cuya existencia se ha hecho constar en mil puntos del globo; el origen ario de los celtas ó galos y de su idioma; la sucesión de civilizaciones diferentes en nuestro suelo, ó más bien el progresivo desarrollo de la industria, que llega de los groseros sílices de Saint-Acheul á las armas y á los instrumentos de bronce, sobre todo de hierro, de los túmulos; en fin la larga ocupación del valle del Danubio por los galos.

Por lo demás, hay que esperar la luz que ha de salir del museo de San Germán, donde se acumulan los objetos encontrados en las numerosas excavaciones que dirige una multitud de sabios. Entre tanto, nos atendremos á esta frase de César sobre los habitantes de la Galia central: *Qui ipsorum lingua Celta, nostra Galli appellantur* (2). Estas palabras no son exactas para toda la serie cronológica, pero lo eran para el tiempo de César, y esto es lo que aquí importa.

Al llegar al país que iba á conservar su nombre, hubieron de encontrar los galos poblaciones desconocidas, que exterminaron ó sometieron á servidumbre, y tribus iberas

la Suecia hasta el Kamtschatka, y han creído que una oleada de hombres emparentados con la raza mogólica se había derramado por Europa antes que los celtas, y que los vascos son los últimos sobrevivientes en nuestro Occidente. Los celtas, después los germanos habrían pasado al través de toda esta primera población y rechazado sus despojos, al Sudoeste hacia los Pirineos, y al Nordeste hacia el mar Glacial. Si tal fué el camino de los iberos, debieron llegar muy temprano á los parajes en que los encontramos aún. La antigüedad les conocía ya esa tez morena, esa constitución enjuta, con una estatura poco elevada que da la prolongada estancia en los países abrasados por el sol.

El galo no ha tenido nunca esos caracteres fisiológicos, ó hubo de haberlos perdido bajo la espesa y sombría bóveda de los bosques. En ese aire húmedo y frío debió adquirir los rasgos del hombre del Norte, estatura descolada, cabellos rubios, pero también esa constitución linfática que no permite sostener por mucho tiempo el mismo

esfuerzo: ardiente al principio, el galo se cansaba muy pronto (1).

Hubo entre las dos razas prolongados combates. Los eskaldunac fueron expulsados de las orillas del Loira; ni aun pudieron hacer frente al ímpetu de los galos en las montañas del centro, y repusaron el Garona. Pero apoyados en los Pirineos hicieron una resistencia de que no pudieron triunfar los invasores. Dejando á los iberos los valles abruptos, de donde pasaron después á ocupar de nuevo la llanura hasta el Garona, salvaron los celtas la cadena pirenaica é inundaron á España hasta Cádiz; y hubo un tiempo en que la *Cilicia* cubrió el inmenso territorio que se extiende desde las playas del Atlántico hasta las bocas del Danubio.

Cuando se produjo la reacción de las tribus ibéricas, dos pueblos galos, los tectósagos y los arecómicos, se hicieron fuertes en las cuencas del Garona y del Aude: los primeros se acantonaron en Tolosa y los segundos en Nimes, que llegaron á ser grandes ciudades.

Celtas mezclados con germanos habían quedado á orillas del Rin, y á su vez pasaron el gran río y avanzaron á lo largo de la *mar brumosa* hasta la embocadura del Sena: eran los belgas que dominaron entre el Marne, el Rin y el océano germánico. De celta á belga no había ninguna diferencia esencial y se pasaba insensiblemente de uno de estos grupos de pueblos al otro; pero cuanto más se avanzaba hacia el Nordeste, tanto más se marcaba el carácter germánico y la barbarie. La masa de los belgas era en el fondo de la raza de los celtas y éstos sin ninguna duda son nuestros padres: todos, excepto un cinco por ciento, descendemos de los galos.

Dos pueblos de origen y civilización muy diferentes vinieron á mezclarse con la sangre gala algunas gotas de sangre extranjera, los fenicios y los griegos. Los audaces navegantes de Tiro y de Cartago que recorrieron tan temprano todas las costas del Mediterráneo, visitaron también las bocas del Ródano. Contentáronse al principio con algunos cambios que hacían buenamente con los indígenas; después obedeciendo al genio invasor que les hacía cubrir de colonias las costas del África, de Sicilia y de España, avanzaron tierra adentro. La historia legendaria de los trabajos del Hércules tío envuelve la historia verdadera de los viajes y fundaciones de la raza fenicia en Galia. El dios, decía la tradición, llegó de España á orillas del Ródano, donde tuvo que sostener un formidable combate. Se le habían acabado las flechas, y ya iba á sucumbir, cuando Júpiter hizo caer del cielo una lluvia de piedras que suministró al héroe nuevas armas.

Todavía pueden verse estas piedras que cubren la inmensa llanura de Crau, adonde el Durance las había traído de los Alpes. Cerca de estos lugares, hubo de fundar Hércules victorioso la ciudad de Nimes, y en el corazón de la Galia la de Alesia.

Así conquistado el valle del Ródano al comercio y á la civilización, siguió su camino el héroe hacia los Alpes, y los dioses lo contemplaron hendiendo las nubes y rompiendo la cima de los montes. Era el monte de Tende que Hér-

(1) Los antropólogos se inclinan á admitir que el tipo ario primitivo y por consiguiente el de los galos era una cabeza dolicocefala, caballos rubios y ojos azules. Nuestros galos castaños serían mestizos provenientes del cruzamiento con los antiguos pueblos de tez morena. De las excavaciones que en otro tiempo hice ejecutar en las grutas del Perigord salieron algunos esqueletos pertenecientes á una raza vigorosa. Entre ellos había el de una joven que herida en la frente por un puñal de sílice, había sobrevivido á su herida, como lo prueba el trabajo reparador de osificación que la misma naturaleza había comenzado.

cules entreabría y el camino de Italia á España que trazaba por encima de los abatidos Alpes. Así en las edades remotas, son dados los hombres á atribuir al invencible brazo de algún dios ó héroe los esfuerzos seculares de las generaciones.

La leyenda relativa al Hércules tío dice de ello demasiado cuando muestra á los fenicios fundadores de ciudades en el interior de la Galia; pero no dice bastante sobre las numerosas colonias de este pueblo á lo largo del litoral languedociano y provenzal, ni sobre las expediciones de aquellos audaces marinos al través de los tempestuosos mares de Occidente. Costeando á España y luego la Galia, arribaron á la isla de Albión y acaso á la península cimbria, adonde iban á buscar las perlas de ámbar, «lágrimas de las hijas del Sol llorando la muerte de su hermano Faetonte.»

Los fenicios habían precedido á los griegos en la dominación del Mediterráneo, pero fueron suplantados por ellos. Los rodios se establecieron en las bocas del Ródano, mientras las colonias ó factorías de los fenicios en el interior caían en manos de los indígenas. Hacia el año 600 llegaron los focenses, que fundaron la ciudad de Marsella. Los griegos hacían una graciosa historia sobre el origen de esta ciudad. El focense Euxenes, decían, arribó á la costa gálica á alguna distancia de la embocadura del Ródano, en los dominios de Nann, caudillo de los segobrigios, el cual acogió al extranjero y lo convidó al festín nupcial de su hija. La costumbre exigía que la doncella ofreciera una copa á uno de los huéspedes de su padre que eligiera ella por esposo. Al final del festín entró con la copa llena y giró en torno de la mesa, en que jóvenes jefes de rubia cabellera procuraban agradaarla y ser cada cual el preferido. Pero los ojos de la doncella se fijaron en el extranjero de ojos negros y de fisonomía inteligente y altiva. Aquella belleza del Mediodía que no conocía ella, sedujo á la hija del Norte, y sólo se detuvo delante del griego.

Nann aceptó la elección de su hija, y dió al focense como dote el golfo en que los recién venidos habían desembarcado. Euxenes echó allí los cimientos de Marsella. La historia viene de la Persia, según dicen, pero merecía repetirse por griegos y conservarse por nosotros.

La nueva ciudad creció rápidamente bajo la protección del caudillo de los segobrigios, y un día en que se había anunciado una gran fiesta, Comán hizo decir á los masalio-tas que quería honrar á sus dioses y envió á la ciudad carros cubiertos con follaje bajo el cual se ocultaban hombres armados: él mismo se acercó á las puertas de la ciudad y se apostó en emboscada. Una mujer había fundado la ciudad y otra mujer la salvó. En efecto, enamorada de un focense, la hija de un segobrigio, hubo de revelar la maquinación y sorprendidos los bárbaros pagaron con la vida su perfidia, incluso el mismo Comán.

Pero de aquí se originaron guerras continuas que hubieran acabado con las fuerzas de los marselleses, á no haber recibido un socorro inesperado: una horda inmensa descendía del Norte para pasar los Alpes, y su caudillo Bellovese tomó partido por Marsella y quebrantó de tal manera á los ligures que en mucho tiempo no pudieron ya inquietar á la ciudad focense.

Recibió además, en 542, numerosos refuerzos. Habiendo sometido Ciro y sus persas á los griegos del Asia Menor, los habitantes de la Focea, más bien que obedecerlo, abandonaron su ciudad y arrojaron al mar un hierro incandescente jurando no volver á la Focea hasta que aquel hierro, incandescente y todo, subiera de suyo á la superficie de las aguas; y muy luego se hicieron á la mar con rumbo á su alegre colonia de las Galias.

Marsella prosperó por la alianza de los romanos que exterminaron á todos los rivales de su comercio, y en gratitud les abrió la Galia; para protegerla formaron en ella los romanos su primera provincia.

Réstanos de aquellos remotos tiempos un monumento tan curioso como extraño, que no revela ciertamente las obras maestras que creaba ya la estatuaria griega. Es una piedra que se hubiera tomado por un simple guijarro, á no ser por la inscripción que lleva y hace de ella la representación del hijo de Venus (1). El primer ídolo que la Grecia elevara en el país de las piedras druídicas es un guijarro gastado por el oleaje. Como el niño que anima todo lo que toca y toma un tronco, un palo por un hombre, los pueblos de los primeros tiempos no necesitan que la forma corres-

ponde al pensamiento; ponen una idea en una piedra y ya tienen un dios.

II. — LOS GALOS.

A menudo se traza de los galos una semblanza moral que hace de ellos una raza superior. Se les ha reconocido «valor, lealtad, fe religiosa y amor á la libertad, vivacidad de inteligencia, aptitud para las letras, aspiración á las ideas, á las cosas nuevas y prontitud para sentir lo pasado y á veces para desalentarse en una lucha malhadada.» Es una pintura encantadora, pero es dudoso que nuestros guerreros de mostachos leonados, de pasiones violentas y brutales se hubieran reconocido en el retrato. No hubiera sido prudente



La piedra de Antibes

fiarse en su lealtad á la ligera. Si es justo tenerlos por bravos y amigos de la independencia, estas cualidades se encuentran donde quiera. Los druidas tienen gran crédito entre ellos: ¿no han reinado nunca los sacerdotes en otras partes? Su afición á las ideas y cosas nuevas admira, porque vivieron mucho tiempo cerca de la civilización romana y griega sin tomar nada de ella, y los gálatas establecidos por espacio de seis siglos en medio del Asia Menor, permanecieron allí como verdaderos galos. Su aptitud para las letras, á causa de algunos retóricos, acaso de origen italiano, que la Galia envió á Roma, parece un elogio prematuro. ¿Qué se diría entonces de los españoles que hicieron época en la literatura latina dándole, entre otros, á Séneca, Lucano, Quintiliano y Marcial, y de las poblaciones africanas, de donde salieron Apuleyo, Tertuliano y San Agustín? El pesar por lo pasado es uno de los sentimientos de la naturaleza humana, una de las poesías del corazón, como el fácil desaliento después de la derrota uno de los rasgos habitua-

(1) Heuzey, t. XXXV de las *Memorias* de la Sociedad de los Anticuarios de Francia, 1874. Esta piedra encontrada cerca de Antibes, en 1866, y semejante á las que se adoraban en Asia, es el más antiguo monumento de la civilización griega en Galia. Heuzey la hace remontar al quinto siglo antes de nuestra era y traduce así la inscripción:

«Yo soy Terpón (nombre local de Eros ó del Amor) servidor de la augusta diosa Afrodita; Cipris (Venus Ciprea) recompense con sus favores á los que me han puesto aquí.»

Heuzey añade: Hacía mucho tiempo que los griegos no estaban reducidos á adorar piedras rústicas. Pero el apego persistente á las más primitivas formas del culto, á través de todos los progresos del arte, es por decirlo así, una ley de la historia de las religiones. Hasta después del tiempo de Pericles, el Amor de Praxiteles y el de Lisipo se colocaron al lado del grosero guijarro al cual se sacrificaba en el templo de Tespies. Y hasta el tiempo de Pausanias, es decir, en pleno imperio romano, no se pensó en consagrar, en el templo de Orcómeno, al lado de las tres piedras adoradas durante todo el período helénico, el grupo de las Gracias tal como lo había concebido la estatuaria griega. Todavía las creaciones no eran más que ofrendas, ornamentos de los santuarios que no disminuían en nada el prestigio religioso de las ideas verdaderas, fetiches informes consagrados por la tradición.

les de la vida bárbara. Por otra parte, no parece que la severancia hubiera faltado á los pueblos ni á los caudillos que sostuvieron la guerra de la independencia (2).

Dejemos estas fantasías y vamos á la verdad histórica. Nuestro patriotismo no está interesado en ocultar que nuestros ascendientes eran verdaderos bárbaros, muy bravos, muy batalladores, grandes exterminadores de hombres y muy dados, cuando podían, á los festines homéricos, en el fondo muy semejantes á los bárbaros de todos los tiempos, porque la barbarie se asemeja poco más ó menos en todas partes cuando son idénticas las condiciones geográficas (3); sino que los nuestros debieron á sus largos viajes, y más aún á su establecimiento en un país situado al extremo de la línea de las migraciones asiáticas, un carácter particular. Mirad el mar: á lo lejos la ola es larga y ondulante; en la playa adonde acaba produce una violenta resaca. Nuestros galos establecidos al extremo del continente y sin cesar removidos por nuevas ondas de pueblos, tuvieron que luchar mucho tiempo, lo que los hizo bravos, y á las veces se vieron en la necesidad de ceder sus tierras, lo que los obligó á buscar otras dándoles afición á las aventuras.

Diodoro de Sicilia, que escribía en Roma en tiempo de Augusto, representa á los galos como hombres de grande estatura, de tez blanca y cabellos rubios. Este retrato no es ya el nuestro, porque nuestra sangre está muy mezclada y las condiciones físicas de nuestro país y de nuestra existen-

(2) La cuestión de razas ha hecho en este siglo una brillante y peligrosa fortuna por medio de la ciencia, la política y la guerra. Bajo las diversas influencias de la geografía y de la historia y por la unión de elementos á menudo heterogéneos, hemos visto formarse y extenderse nacionalidades y tomar un carácter determinado, que se ha llamado exactamente el espíritu nacional. Pero confieso que no conozco esa fe misteriosa que inclinada sobre la cuna de las razas nacientes, las ha dotado de cualidades buenas ó malas, que han de conservar eternamente.

(3) Sir John Lubbock y Hartmann han encontrado las mismas costumbres poco más ó menos entre los salvajes de la Australia y los del África.